

tros juegos ponían en peligro su propiedad. Algunas veces cuando llegaba el tiempo de las matanzas, intentábamos ayudar a entrar en el corral los gorrinos que traía Carreño. Qué ayudas y qué carreras. Todo vuelve mentalmente al leer esta semblanza del manco, que lo retrata por dentro y por fuera -bien funciona la pluma-, visto en su época y en el vivir de entonces, como debe ser.

Los pueblos son sus habitantes; y las calles su escenario abierto. Hay en los fascículos soberbias descripciones sobre nuestras calles. Esta de la Castellar es una de las que llegan y nos llegan. Bulle la calle en toda la escritura. Ya no es la misma que aparece en el primer cuaderno. Entre ambas se aprecia que el Alcázar campesino y tradicional cede terreno al pueblo más moderno señalado por la llegada del tren. Mis recuerdos del Ayuntamiento viejo rematado por los tejadillos, queda muy brumoso. Más nítido me resulta el del edificio reformado con sus azoteas, un poco anterior a su lamentable demolición. La traza actual de la calle ya está reflejada en la reproducción. Pero el relato no se para en las casas o el aspecto de la vía. Ronda aquí una galera quizá herenciana -dice usted-; por la esquina de Eulalio Carrascosa unos chichuelos, algunos mozalbetes. La pluma se acerca a ellos para decirnos quiénes eran o podrían ser, qué hacían por allí. Prosigue la pluma y se adentra en la evolución y el origen de la calle, y se refiere también a las personas que por sus características u ocupaciones eran parte principal de la fisonomía de la Castellar en este tramo. Primor "biográfico", evocación, mérito de esta página inolvidable.

Y, ¿quién no se detiene un poco ante la estación, que parece surgir como un elemento extraño y exótico de entre el arbolado de las antiguas huertas? La memoria se siente suavemente espoleada. La chimenea de la luz, aquel edificio camino ya de la ruina, desierto, con las balsas que se desmoronaban, la huerta próxima de Canuto, que conocí en aquellas tardes, cuando mi padre nos llevaba por allí los jueves aprovechando el asueto escolar y el buen sol de la primavera.

DON ANTOLIANO EL MEDICO DE LA MOTA -- CAMBIOS MEDICOS. Además de profesionalmente, ¿cómo inciden los médicos - a los que tan certeras páginas ha dedicado usted y "lo que te rondaré morena"- a través del tiempo en la vida de los pueblos? He tenido ocasión y motivos de conocer, estimar y aún admirar a más de uno de los médicos del lugar. Me estremezco cuando leo "no disponía de ningún recurso exploratorio más que sus sentidos". Bien -que añado yo- sentidos avezados, expertos, sensibles. "El buen clínico era un lince arrancándole al enfermo detalles de su estado con una finura increíble"... e incluso en las facultades se va dejando de hacer clínica" - "Si hubiera la desgracia de que todavía se produjeran los cuadros clínicos de la época anti-biótica y sin saber manejar el laringoscopio..." Verdad. ¿Qué consuelo halla ahora el paciente con la deshumanizada medi-